

El Sábado Santo

El coronavirus nos ha dejado sin procesiones, pero también en silencio. Qué maravilla de sábado Santo. Sin procesiones, sin celebraciones, sin otra cosa que la oración, oración silenciosa.

Un día como hoy, los Apóstoles estaban escondidos, María y las mujeres estaban calladas. Era el día de Pascua para los judíos, día de oración. Pero más que nunca, los discípulos, avergonzados y tristes, estaban recordando los últimos acontecimientos.

Mientras tanto, en ese día, en que ni caminar se podía, todos vivían y recordaban aquellas palabras de Jesús:

"Cuando oren, no sean como los hipócritas, que gustan de orar en las sinagogas y en las esquinas de las plazas bien plantados para ser vistos de los hombres; en verdad les digo que ya reciben su paga. Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará." (Mateo, 6, 5.6).

Pero había una diferencia, en aquellas palabras Jesús había hecho una recomendación contra la soberbia y la idolatría de la gloria y de la presunción. Ahora todos ellos, quizá menos María, sentían una confusión absoluta, y estaban en silencio con miedo y con remordimiento. Como el que está esperando la sentencia del juez, como el que está esperando que le caiga el mundo encima, como el que espera el ataque del ejército enemigo y no ve cómo escapar de la muerte. Temían más a Dios que a los asesinos de Jesús.

Sólo quedaban, para meditar, en medio de su corazón escandalizado, las palabras del Maestro, que, en medio de todo, estaban cobrando luz:

"Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, no da fruto, pero si muere, da mucho fruto" (Juan 12, 24). Había anunciado su muerte violenta y su resurrección. Ellos no le habían hecho caso, a veces el Maestro hablaba muy difícil, no querían entender. Ahora veían el realismo de sus palabras.

Y repasaban las profecías:

"Nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado, pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino; y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca; como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron, ¿Quién meditó en su destino? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron. Le dieron sepultura con los malvados, y una tumba con los malhechores, aunque no había cometido crímenes ni hubo engaño en su boca. El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación;" (Is 53, 1-7).

San Pedro lo dirá después, con los demás apóstoles: "Cargado con nuestros pecados, subió al leño, para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia. Sus heridas nos han curado" (1Pe 2, 21-24).

Posiblemente no se resignaban a creer que todo había acabado. No huyeron, no pensaban huir. Estaban escondidos, pero esperaban algo. Sólo algunos discípulos tomaron al día siguiente el camino a Emaús, porque creían que ya nada podían esperar en Jerusalén. También, entre ellos, Tomás se negaría absolutamente a creer en el Resucitado.

Quizá en alguno todavía quedaba un mínimo de esperanza. Aquel canto de Isaías acababa así: "Verá su descendencia, prolongará sus años, lo que el Señor quiere prosperará por su mano. Por los trabajos de su alma verá la luz, el justo se saciará de conocimiento. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos. Le daré una multitud como parte, y tendrá como despojo una muchedumbre.

Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores". Si se había cumplido tan exactamente en su primera parte debía de cumplirse en la segunda. Si había Jesús profetizado su muerte, quedaba su resurrección. Pero la resurrección les aterrorizaba más que las amenazas de los judíos.

Estar juntos parece que les consolaba. Conversar con María les consolaba, todos intentaban consolar a Pedro, que se sentía traidor. No acusaban a Judas, porque todos, menos Juan, habían dejado solo a Jesús. Las palabras de la Cena resonaban en su corazón: "La hora viene, y ya ha llegado, en que ustedes se dispersarán, cada uno por su lado; y me dejarán solo. Pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo" (Juan 16,32-33). Estaban como los que están esperando la sentencia. Pero juntos se piensa menos, se grita, y parece que estamos vivos. Solos, como estaba Judas, sólo se escuchan voces: la del diablo o la de Dios.

Por eso, y a pesar de la resurrección de Lázaro, posiblemente asesinado ya porque los sacerdotes querían destruir las pruebas de los milagros de Jesús, ellos estaban en silencio, esperando la ira divina. No se atrevían todavía a recordar el infinito perdón del Maestro. El pecado era excesivo. No tenían derecho a esperar. La oveja perdida estaba demasiado lejos. Y el perdonador estaba muerto, pero si volvía les parecía imposible el perdón. Sólo no fueron a suicidarse, quizá porque María les consolaba. Les hablaba del amor infinito, de las maravillas de Dios. María ya los estaba engendrando.

Ni siquiera, y menos ese sábado, cargado de amenazas, podían salir del agujero. Las puertas estaban cerradas. No había luz, sus almas estaban cerradas, no había luz.

Qué triste es el alma del pecador, cómo un sepulcro que sólo guarda putrefacción, hiede.

Nosotros también estamos igual, sin otra cosa que la oración, pero distinto, pues sabemos que nos ama, sabemos que es Dios, y oramos por aquellos que no tienen esperanza. Desearíamos que la adquirieran, pero hay cosas que sólo Dios y ellos, en su corazón, pueden recibir. Aun así, conocemos el poder del Resucitado, sabe resucitar. Tenemos una noticia, increíble, pero con pruebas: los mártires, los sanados, los felices.

Esperaremos la Vida, pediremos perdón, pues sabemos que somos escuchados. No dejaremos de pensar que los pecados son graves, porque eso sería quitar valor al perdón que esperamos. No, ha muerto por nosotros. Pero pediremos, porque su poder es infinito. Es infinito, el poder de su amor. Saldremos de nuestros sepulcros.

"Por eso, profetiza. Les dirás: Así dice el Señor Yahveh: He aquí que yo abro vuestras tumbas; os haré salir de vuestras tumbas, pueblo mío, y os llevaré de nuevo al suelo de Israel. Sabréis que yo soy Yahveh cuando abra vuestras tumbas y os haga salir de vuestras tumbas, pueblo mío. Infundiré mi espíritu en vosotros y viviréis; os estableceré en vuestro suelo, y sabréis que yo, Yahveh, lo digo y lo hago, oráculo de Yahveh.»" (Ezequiel, 37, 12-14).